

como sugerencias e indicaciones, puesto que se ha sacado necesariamente de las ciencias humanas, teóricas y prácticas, las cuales están ciertamente sujetas a evolución" (p. 4).

Párrafo de enorme importancia, a nuestro entender, y que merece atenta consideración por parte de los teólogos.

La exposición introductoria termina con un ruego: "es de desear que (este documento) sea bien recibido por todos". La traducción castellana contribuirá, sin duda, a su difusión y, en consecuencia, a su aceptación por todos, también por aquellos que no están obligados al conocimiento de la lengua latina (maestros, pedagogos y padres de familia cristianos).

J. I. SARANYANA

PIERRE BENOIT, O. P., *Pasión y Resurrección del Señor*. Trad. del francés (*Passion et Résurrection du Seigneur*) por J. M. Bernáldez. Edic. Fax, colecc. "Actualidad Bíblica", n.º 24, Madrid 1971, 382 pp.

Esta obra, según explica el propio A. al comienzo, es fruto de conferencias pronunciadas en diversas ocasiones y ante variados auditorios. Pertenece a ese amplio género de alta divulgación hecha por un profesor especialista en la materia. Detrás de muchas exposiciones sencillas está un conocimiento científico, sobre todo de la crítica histórico-literaria de los Evangelios, aunque intencionadamente se ha prescindido de consignar la erudición o de reseñar meticulosamente las diversas soluciones posibles, cuando las hay, de una determinada cuestión. El A. también invita a los oyentes o lectores a extraer algunas aplicaciones a la vida cristiana, a conectar el pasaje estudiado con algún dogma cristiano o una devoción común en la Iglesia. Todo ello de modo muy escueto siempre. El título corresponde bien al contenido del libro.

El conjunto de relatos evangélicos de la Pasión, Resurrección y Ascensión, lo divide el A. en trece unidades temáticas, que constituyen otros tantos capítulos del libro. Antes de abordar el estudio de cada unidad, el autor presenta en forma de sinopsis los textos que va a comentar, haciendo amplio uso de la *Synopse des quatre Evangiles en Français*, de la que es autor, en colaboración con M. E. Boismard (Paris 1966). A con-

tinuación, en cada capítulo, se estudian los correspondientes relatos evangélicos, señalando las semejanzas o divergencias y subrayando la peculiaridad de cada evangelista. Se analiza críticamente el valor histórico de cada narración. El A. declara que no intenta una armonización de las narraciones cuando estas presentan divergencias; y, en efecto, éstas más bien parecen subrayadas. La crítica textual es invocada sólo en casos de cierta relevancia. El estudio se basa, sobre todo, en las técnicas histórico-críticas, pero los argumentos son bien resumidos y simplificados para que puedan ser entendidos por lectores de cultura no teológica o exegética y seguidos sin esfuerzo.

Veamos ahora, algo más detalladamente algunos de los aspectos del libro, ya apuntados de un modo genérico. En cuanto a la justificación de las lecciones variantes adoptadas o cuestiones de *crítica textual*, el A., por lo general, opta por el texto que se ha hecho tradicional en la Iglesia; apoya bien sus preferencias en los criterios externos. También concede gran autoridad al texto empleado por los más autorizados Santos Padres orientales de los siglos II y III, cercanos a los orígenes de la tradición manuscrita del N.T. y buenos conocedores del griego. Así, por ejemplo, justifica inteligentemente la autenticidad de Lc 22, 43-44 (p. 30) y de Lc 23, 23, que lo omiten algunos códices (p. 197). Los criterios internos están hábilmente utilizados, como por ejemplos en Mc 14, 68, primer canto del gallo (p. 74). Aporta agudos argumentos, en favor del orden tradicional del texto, frente a conjeturas críticas de alteración. Tal ocurre, con el pasaje del Ioh 18, 24, que M. J. Lagrange proponía desplazar tras el v. 13, apoyándose en Cirilo de Alejandría y en el Códice Sinaitico, para evitar el interrogatorio en casa de Anás y así concordar Juan con los Sinópticos. Benoit, sin embargo, explica de otro modo más convincente la armonización y prefiere respetar el texto tal como lo encontramos en la inmensa mayoría de los manuscritos. Junto a las aclaraciones de crítica textual, se encuentran también explicaciones acerca de los pasajes de difícil o incierta traducción, señalando las varias posibilidades y razonando las que el A. elige. En este sentido, véase, por ejemplo, Mt 26, 50 (p. 54), Mc 14, 72 (pp. 75-76) etc.

De mucho más relieve es el trabajo de *crítica literaria* implicado en el libro. En cada capítulo se van analizando metódicamente las coincidencias y divergencias entre los relatos correlativos de los Evangelios, cuando existe esa correlación

entre varios de ellos; o bien indicando lo que es exclusivo de alguno. Respecto a los Sinópticos, y de modo especial a Mt y Mc, opta con frecuencia por señalar a Mc como fuente de las narraciones de Mt, aduciendo brevemente argumentos. En esto, como es patente, sigue la opinión más generalizada hoy entre los críticos. El A. expone la mayor antigüedad del texto de Marcos como algo adquirido definitivamente, simplificando implícitamente la complejísima cuestión sinóptica. Algunas coincidencias literales las explica como fenómenos literarios de armonización, como por ejemplo Lc 22, 62 y Mt 26, 75 (pp. 81-82). Las divergencias son explicadas generalmente por la mentalidad o personalidad propia de cada evangelista (sobrio uso del método histórico-redaccional) o por las fuentes o tradiciones que conoció (austero uso del método histórico-formal). En cuanto a las emisiones, especialmente las de San Juan con respecto a los Sinópticos, se deben generalmente, según el A., a que ya han sido aprovechadas o aludidas en otros lugares del Evangelio. Tal es el caso, por ejemplo, de la omisión por Joh de la agonía de Getsemaní y del proceso de Jesús ante el pleno del Sanedrín (pp. 32, 129-131). De todos modos, el A., dada la índole de su libro, intenta y consigue generalmente simplificar al máximo la crítica literaria, sin traicionar la seriedad crítica. Es un arte difícil de conseguir, en el que muestra gran habilidad. Sin embargo, la renuncia por principio al intento de reconstrucción de la historia evangélica en este punto (de la Pasión y Resurrección) está algo desnivelado. Benoit insiste demasiado en que es inútil querer armonizar los relatos evangélicos para reconstruir un desarrollo homogéneo de los episodios, puesto que, los relatos no permiten esa reconstrucción armonizadora. Como es sabido, esta proposición es muy frecuente entre los críticos acatólicos de lengua alemana, con influjos en otras áreas culturales, incluso católicas. Es la corriente que concluyó en afirmar, con toda radicalidad, la imposibilidad absoluto de reconstruir, ni siquiera las grandes líneas de la vida de Jesús. Pienso que aún queda mucho por hacer para llegar legítimamente a esa postura tan negativa. Desde luego, hay en esta cuestión mucho margen a posiciones de principio: conceder o negar credibilidad histórica a los relatos evangélicos, en mayor o menor medida, cuando esos relatos no pueden ser confrontados por otras fuentes, que es lo ordinario, ya que, desde el punto de vista profano de la historia, constituyen episodios mínimos. Pero no conviene olvidar que una tal actitud desconfiada no cuadra bien con la larga

tradición exegética de los Santos Padres, los grandes Doctores y el Magisterio, incluso actual. Esta circunstancia es suficiente para recibir acriticamente las opiniones "críticas". En el fondo se está minimizando la variedad histórica de los relatos evangélicos, cuestión sumamente delicada. Ejemplos de esta actitud por principio de subrayar a ultranza las discordancias son las pp. 57, 58, 81 etc.

La crítica literaria aplicada a la formación de los relatos evangélicos da paso al A. para abordar las cuestiones de *crítica-histórica*, en la cual desemboca como en la natural meta final de cada episodio. A nadie se le oculta la dificultad de esta cuestión y la delicadeza de la misma. Cuando existen divergencias, el A. opta generalmente por la "versión" de los hechos según Joh y Lc frente a Mt y Mc. Así ocurre, por ejemplo, ante el problema de cuándo fijar la sesión del Sanedrín (por la mañana, según Lc-Jn, por la noche, según Mt-Mc). Pero es que tal disyuntiva, que presenta Benoit, es ya una interpretación simplificada de los relatos y, por tanto, de los hechos (p. 100 ss.). Los relatos pueden armonizarse mucho más de lo que expone el A. Algo semejante puede decirse del episodio del sepulcro vacío (pp. 289-90). El A. subraya demasiado, a mi parecer, las discrepancias, como si el intento de resolverlas razonablemente, hasta donde permiten los textos sin forzarlos, fuera una actitud anticuada o poco científica. Desde luego, Benoit afirma sin vacilar la historicidad global de los relatos, explicando las divergencias "como el tributo necesario de toda tradición oral, que en manera alguna comprometen a la verdad histórica sustancialmente" (p. 173). En este campo, el A. quiere presentar su libro como una defensa de la veracidad histórica sustancial o global de los Evangelios. Sin embargo, la facilidad reiterada en conceder escasa veracidad histórica a muchos detalles pequeños, porque, según el A., no afecta a lo sustancial, deja tal vez en el ánimo del lector una cierta perplejidad. En esta línea, de la que podrían citarse numerosísimos pasajes del libro (por ejemplo, pp. 84-86; 95-96; 100; 102; 103; 104; 117; 163; 204; 230-231; 252-253; 255; 257; 277; 287; 290; 291; 318-319; etc.), cede ante una crítica racionalizante que, para aceptar la historicidad de los relatos evangélicos, necesita verificarlos, uno a uno, por los métodos racionales de crítica histórica. Por el contrario, está implícitamente minimizado el argumento de historicidad basado en el testimonio mismo de los testigos, transmitido en el texto evangélico. En efecto, el A. no parece conceder la debida impor-

tancia a la consideración tradicional (¿tal vez porque algunos la hayan tildado de “apologética” o “fundamentalista”?) del alto grado de sinceridad y de buena información que debe atribuirse a los evangelistas. Al olvidar en la práctica esta actitud, el A. se queda a veces en el terreno de lo verosímil, de lo posible, o de la aceptación de la veracidad de un determinado relato solamente como opinión personal. Con ello, es muy probable que el lector no especializado se quede un tanto confuso: si el A. afirma la historicidad sustancial del conjunto, pero no se muestra convencido de la historicidad de gran parte de los elementos que componen el conjunto, éste quedará tocado, de alguna manera, de inseguridad.

Tampoco parece decir mucho al A. el dogma de la inspiración divina de la Escritura, como principio hermenéutico. En este aspecto, no basta con aceptar teóricamente los principios “dogmáticos” de la hermenéutica católica; se desearía ver cómo se aplican en concreto. Estas deficiencias de aplicación de los principios específicos de hermenéutica bíblica se notan, por ejemplo, en el estudio de los relatos de Jesús ante Herodes (pp. 167-168), de los dos ladrones (pp. 197), de las palabras de Jesús en la Cruz (pp. 223-224), etc. En esta línea, el A. se muestra algo reticente ante los relatos en que aparece lo maravilloso, buscando en tales casos su significación teológica, lo cual está muy bien, pero desinteresándose un tanto de lo que tienen de histórico, lo cual ya no está tan bien, pues lo teológico tiene su apoyo en lo histórico. El A. se balancea aquí entre posiciones indecisas y de alguna manera contradictorias, en el sentido suave de la palabra: “Sin negar por principio los sucesos maravillosos, tenemos derecho a preguntarnos por qué fueron narrados así, y si los autores no tendrían intención de evocar temas bíblicos que entonces se realizaban” (p. 226). “El análisis de las palabras del ángel en Marcos (16, 5-7) permite reconocer muy simplemente el anuncio del mensaje pascual, que encontramos a cada paso en los Hechos de los Apóstoles en boca de Pedro. Marcos ha concebido esta escenificación para enunciar ante la fe de los fieles, con ocasión del sepulcro vacío, el mensaje de la resurrección puesto en boca de un ángel” (p. 291). Estas y otras muchas afirmaciones del A. están demasiado categóricamente expresadas; desde luego, este ejemplo concreto no tendría importancia por sí mismo; pero no deja de ser una concesión a la posición liberal de que la fe *crea* los acontecimientos. Es mejor, como en otro lugar dice el A. “resignarnos y admitir que carecemos de un relato

detallado" (p. 345), antes que establecer una tesis interpretativa, demasiado proclive a suponer una notable imaginación en los Evangelistas, tan moderados y escuetos en sus testimonios. Frente a estas concesiones de detalle, el A. es reiteradamente firme en la defensa de la verdad histórica sustancial de los Evangelios.

Así, por ejemplo, Benoit apoya la historicidad de la Resurrección de Jesús en la tradición del hallazgo del sepulcro vacío y en el conjunto sustancial de las apariciones. "Este hallazgo (del sepulcro vacío) deja así de aparecer como invención sospechosa y tardía, y se convierte en hecho sólido y antiguo; un dato primitivo que puede realmente, con las apariciones subsiguientes, justificar y fundar la fe cristiana en la Resurrección de Jesús" (p. 292). En estas palabras podría resumirse la tesis fundamental de su libro y constituyen su apologética. En los momentos actuales, en los que la hermenéutica de la Resurrección ha entrado por callejones complicados y caóticos, entre un amplio sector de los exegetas católicos, el libro de Benoit es bienintencionado en su finalidad y positivo en parte de su argumentación crítica, aunque en otra presenta concesiones de detalle, que pugnan de alguna manera, con la tesis fundamental del libro.

Como era de esperar por el prestigio de su autor, nos encontramos, pues, ante un libro relevante, no obstante su género literario divulgativo. El A. se ha enfrentado con un tema que hoy día es especialmente difícil, en el momento en que los exegetas católicos titubean ante los problemas del tratamiento histórico-crítico de los relatos evangélicos. El libro, por supuesto, no resuelve la temática de principio. Mientras tanto, adopta la posición, muy generalizada, de defender la veracidad histórica sustancial del conjunto de los relatos y de algunos de ellos en concreto, mientras que no le importa conceder una gran mitigación de esa historicidad para muchos detalles, que estima secundarios. Tal actitud, que refleja el impacto de la crítica protestante liberal, no permite una exégesis coherente, sino de difícil equilibrio. No es fácil prever las reacciones del amplio sector de lectores, que puede leer el libro. Para unos, cuya fe se está viendo sacudida por una abundante literatura racionalizante, el presente libro puede ser un freno a medias, por su defensa de la historicidad sustancial. Para otros, en cambio, cuya fe en la veracidad histórica de los relatos evangélicos es firme, su lectura puede ser más bien perturbadora. En todo caso, científicamente, el libro, pese

a su buena intención indudable, es reflejo de la inestabilidad por la que pasan en estos momentos incluso algunos de los más renombrados exegetas católicos frente al tratamiento crítico de la veracidad histórica de los relatos evangélicos.

J. M.^a CASCIARO

K. BARTH, *Ante las puertas de S. Pedro*, Madrid, Ed. Marova (Cuadernos y Ensayos, 8) 1971, 92 pp.

Este pequeño volumen es traducción del publicado en 1967 por la EVZ Verlag, de Zürich, bajo el título "Ad limina Apostolorum". Entonces tuvo su interés, por estar muy recientes los encuentros de K. Barth en Roma a los que se refiere el libro. Casi simultáneamente salía la edición francesa, publicada por Delachaux et Niestlé, de Neuchatel. De este modo, los teólogos interesados por estos problemas tuvieron hace ya tiempo acceso a este interesante librito de K. Barth. Ahora, un poco tarde —hay que reconocerlo—, aparece esta traducción española. Aprovechamos la ocasión para dar alguna impresión sobre el texto.

Comienza con una chispeante crónica de su viaje a la Ciudad Eterna (septiembre de 1966) con ocasión del Congreso de Teología del Concilio Vaticano II, donde pudimos conocer al autor y comprobar así lo exacto de su relato. Nos cuenta las visitas y las conversaciones allí mantenidas con autoridades y teólogos de la Iglesia Católica. La narración está llena de afecto, admiración y picante ironía. Ejemplos: el Cardenal Bea, un hombre que defiende una idea buena "con una teología convencional"; el admirable espectáculo del latín, instrumento de diálogo entre los teólogos católicos y que los protestantes deberíamos aprender; en la intervención de K. Rahner "sólo me pareció algo inquietante la repetición del neologismo *existentialis*"; en el Congreso me recibieron con sorprendente afecto y me sentaron entre los Cardenales, "aunque me faltaba, al menos, la capa roja"...

El núcleo del libro, lo más interesante para un teólogo, es el segundo apartado: lista numerada de preguntas —siguiendo el hilo de los textos conciliares— hechas a los teólogos con los que pudo conversar. Merecen ser conocidas por los especialistas, pues revelan con una singular claridad lo que es una mente protestante rigurosa planteándose la doctrina y